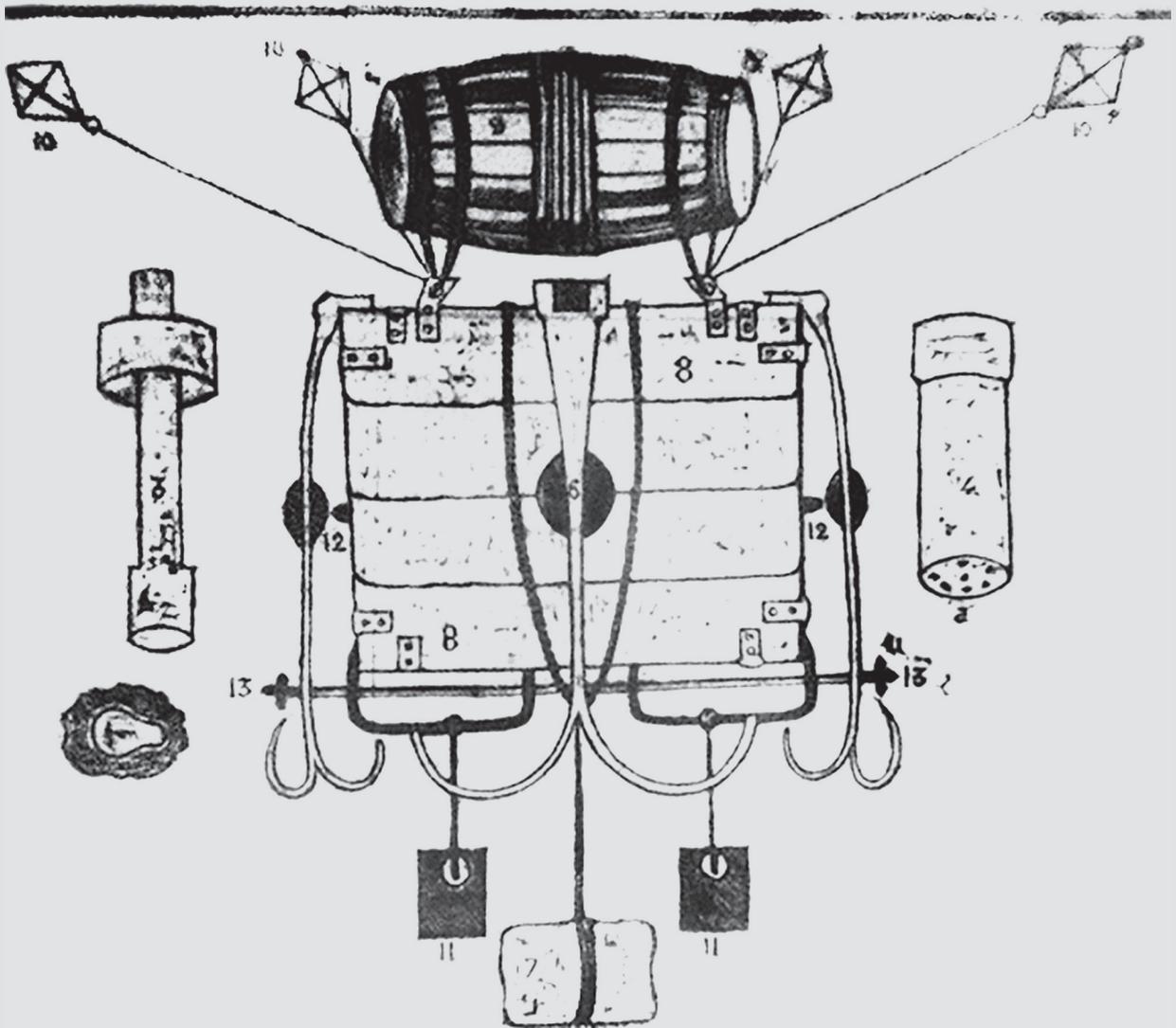


TORPEDOS EN LA GUERRA DE LA TRIPLE ALIANZA

José Luis Alonso y Juan Manuel Peña



TORPEDO TOMADO A LOS PARAGUAYOS

La necesidad de enfrentar los poderosos recursos navales de sus enemigos, representados por la moderna y numerosa escuadra brasileña, obligaría al Estado paraguayo a recurrir, durante la guerra que libró contra las fuerzas de la Triple Alianza, a la utilización de otras armas, capaces de enfrentar a sus poderosos oponentes.

Así, debió intentar paliar la falta de navíos con frágiles balsas artilladas, brulotes incendiarios y canoas que acarrearían torpedos. Armas nacidas del ingenio y de la necesidad de intentar abatir las murallas de acero de los navíos enemigos, necesidad que los llevaría hasta intentar la captura de algunos de ellos en atrevidos abordajes.

Los brulotes, las embarcaciones ligeras o aun las balsas cargados con explosivos o con materiales combustibles, conducidos por audaces tripulantes y librados al impulso de las corrientes, han sido utilizados a lo largo de la historia de los conflictos navales. Su empleo no solo buscaba la colisión con el blanco, logro difícil de obtener, dada la carencia de un mecanismo de conducción, sino también la dislocación y la fragmentación de las formaciones enemigas. Los resultados obtenidos eran más exitosos cuando se empleaban contra unidades fondeadas.

Debido a que necesitaban aumentar el número de piezas embarcadas para hacer frente a los buques de la armada imperial, los defensores paraguayos acudieron a la construcción de pequeñas unidades: las balsas artilladas. Estas eran embarcaciones de fondo plano, conocidas como chatas, sin movilidad propia, que debían ser trasladadas a remolque por otro navío o por tracción de las riberas, hasta poner al alcance de sus armadas sus objetivos. Cada una de ellas estaba armada con una pieza de artillería, por lo general de 68 o de 80 libras, construida de madera y cubierta por tablas de igual material de 50 mm de grosor, con la peculiaridad de presentar una doble proa, poseer timón y carecer de bordas. De solo unos 5,50 m de largo, apenas tenían lugar para los artilleros que servían el único cañón. Esta arma se hallaba instalada en el centro de las embarcaciones, en una depresión circular de bronce de unos 30 cm de profundidad, que permitía girar la pieza en todas direcciones y efectuar disparos rasos muy eficientes. La proa poseía un depósito de municiones, y en la popa se acomodaban 5 o 6 artilleros. La altura total de la embarcación desde la superficie del agua hasta el borde superior del cañón era de solo 80 cm, lo que la hacía difícil de alcanzar por los proyectiles enemigos, como se demostraría en los combates librados en marzo de 1866¹.

Mientras que en la ciudad de Corrientes continuaba incansablemente la construcción de los medios de invasión que debían transportar al ejército aliado al otro lado del Paraná, el 17 de ese mes, la flota imperial avanzó aguas arriba hacia Paso de la Patria hacia el fuerte paraguayo de Itapirú. Al mando del almirante brasileño navegaban 18 cañoneras a vapor, armadas de seis a ocho cañones cada una, 3 monitores blindados: el *Tamandaré*, el *Brasil* y el *Barroso*, junto con el *Bahía*, de igual tipo, pero con una torreta giratoria donde se habían instalado dos piezas de 150 libras.

El Doctor José Luis Alonso es médico y conferencista.

El Doctor Juan Manuel Peña es contador público.

Ambos son Magister en Historia de la Guerra y han escrito artículos de investigación histórica en publicaciones nacionales y del exterior.

Han publicado en coautoría los siguientes libros:

- *La Guerra Civil y sus Banderas 1936-1939.*
- *Las Banderas de los Argentinos - 200 años de historia.*
- *La batalla de la Vuelta de Obligado y la campaña del Paraná.*
- *Historias casi olvidadas.*
- *El año de la sangre. 1865: Guerra del Paraguay.*

¹ Hooker, Terry D., *The Paraguayan War. Armies of the 19th Century: The Americas*, página 32, Foundry Books Publication, Reino Unido, 2008.

El ejército aliado decidido a hostilizar hasta destruir el fuerte de Itapirú, por su parte, emplazó en Corrales una batería de cañones rayados y algunos morteros que someterían a la posición a numerosos bombardeos en los días subsiguientes, en colaboración con la artillería embarcada en la escuadra.

Las fortificaciones de ladrillo paraguayas databan del gobierno de Carlos Antonio López, y la profundidad del río permitía la libre navegación, salvo a la altura de la batería paraguaya, al frente de la cual se hallaba la isleta de Carayá, que separaba las aguas en dos canales; de ellos, el más cercano a tierra guaraní tenía una profundidad de solo 3,60 m; allí, López había tomado, además, la precaución de hundir con piedras dos canoas para impedir su navegación y amarrar en su costa.

La respuesta de las tropas de López no se hizo esperar. En el río, hicieron su aparición las chatas artilladas paraguayas, arrastradas desde tierra y remolcadas por el río. El 22 de marzo, el navío paraguayo *Gualeguay* levó anclas y remolcó una de esas embarcaciones hasta una distancia de 1 km más allá de Itaipú. Fondeó la chata en las cercanías de la costa paraguaya y, desde allí, comenzó a abrir fuego sobre la flota brasileña. Sus poderosos contrincantes respondieron rápidamente con proyectiles y metralla sin lograr alcanzar la embarcación ni a sus audaces servidores. Los tres acorazados rodearon la pequeña embarcación y mantuvieron un violento bombardeo que era respondido valientemente por la única pieza que montaban los paraguayos. Al acercarse las naves brasileñas a una distancia de 90 m, los bravos artilleros guaraníes se arrojaron al río y, sanos y salvos, alcanzaron la costa amiga. Por su parte, los brasileños destacaron tres botes para abordar la abandonada embarcación, pero, desde tierra, recibieron intensas descargas de fusilería que los obligaron a desistir de su empeño. Los acorazados reiniciaron el bombardeo a la pequeña embarcación, y uno de los disparos alcanzó finalmente el depósito de pólvora y la hizo volar, pero sin dañar el cañón, que días después fue rescatado del lecho del río por los paraguayos. López dio orden de llevarlo a Paso de la Patria, pero, al ser transportado en una chata vacía, la tripulación de la canoa que la remolcaba sufrió el ataque de los navíos brasileños que bloqueaban las Tres Bocas y se vieron obligados a abandonar su carga que, finalmente, fue capturada. El 27 de ese mes, otra embarcación similar fue remolcada al mismo lugar que la anterior, pero sus tripulantes dejaron, esta vez, sus municiones en tierra, que le fueron alcanzadas a la tripulación, de a una por vez, desde la orilla, por un hombre especialmente asignado a esa tarea. Los tres acorazados fueron enviados a destruirla, pero, en el transcurso del combate, un proyectil hueco disparado por los paraguayos penetró por una tronera abierta de la torreta del *Tamandare*, rebotó en su interior y desmontó su cañón de ánima rayada que se fragmentó en innumerables trozos que acabaron con la vida de 28 tripulantes e hirieron a otros 15. Entre los primeros, se encontraba el comandante Barros, que falleció durante la amputación de sus piernas, que debió hacerse sin el beneficio médico ni humanitario de una anestesia. El acorazado, con su carga de víctimas, se alejó del combate, mientras los otros buques de guerra continuaron cañoneando a la audaz embarcación, a la infantería guaraní apostada en la orilla y al fuerte de Itapirú, al que, por entonces, se le habían retirado sus cañones, con la excepción de una pieza de 12 libras con la que respondía valientemente al fuego adversario. La jornada finalizaría sin que las naves imperiales hubieran podido destruir la chata.

Al día siguiente, se hicieron presentes tres acorazados y cuatro cañoneras a vapor, y se reinició el desigual combate. Durante la batalla, el acorazado *Barroso* recibió numerosos impactos sin consecuencias graves, a pesar de que cuatro de ellos perforaron sus planchas y uno de sus cañones Whitworth fue destruido. La tenaz embarcación paraguaya, a su vez, sufrió la destrucción de su cañón por el fuego concentrado de los buques enemigos, a los que se unieron 12 cañones rayados y cuatro morteros emplazados en las inmediaciones de corrales.

Todas estas piezas continuaron volcando sus disparos sobre Itapirú y el *Gualeguay*. Este barco, que se retiraba por las noches, logró salir casi indemne luego de tres semanas de combate, durante las cuales solo recibió un impacto en su obra muerta. Semanas más tarde, sería

Los acorazados reiniciaron el bombardeo a la pequeña embarcación, y uno de los disparos alcanzó finalmente el depósito de pólvora y la hizo volar, pero sin dañar el cañón, que días después fue rescatado del lecho del río por los paraguayos.

hundido por sus propios tripulantes para evitar su captura al retirarse el ejército de López de Paso de la Patria; no obstante, ese no sería su fin, pues fue botado nuevamente y volvió a prestar servicio en la marina argentina².

El ánimo de las tropas de López que guarnecían Itapirú y el campamento de Paso de la Patria se vio reemplado por el desempeño de las tripulaciones de las chatas y los daños ocasionados a los imponentes acorazados, y festejaron el accionar de sus artilleros.

Además de las chatas, el ejército paraguayo recurrió a la siembra de algunos artefactos explosivos –torpedos– en los cauces de sus ríos. El término torpedo en la época se refería a lo que hoy se conoce como mina acuática, y se colocaban en los ríos confiando en su detonación al ser impactados por un navío.

Estas «máquinas infernales» se perfeccionaron en los años anteriores al conflicto entre la Triple Alianza y el Paraguay. Eran armas de construcción simple; su mayor dificultad residía en la manera de detonarlas sobre el blanco elegido, que podía ser por contacto o por mando a distancia, por lo general, con una larga cuerda unida al mecanismo de ignición y a la mano del operador. Si bien eran conocidos los detonadores eléctricos, introducidos por Samuel Colt y mejorados por ingenieros prusianos, estos no se emplearon en esta contienda³.

Sorprenderá, a los interesados en la historia del desarrollo de las armas, que la utilización de este tipo de torpedos no fue aceptada por todas las fuerzas navales, dado que su empleo era considerado poco civilizado, como si la guerra y todo lo que ella trae aparejado al género humano pudiese ser civilizado. El Almirante americano David Farragaut expresó, en 1862, su opinión al Secretario de la Armada de los Estados Unidos: «Yo siempre he considerado el uso de torpedos indigno de una nación caballerosa»⁴.

Los torpedos eran también remolcados por canoas o por nadadores, al amparo de la noche, enmascarados en los abundantes camalotes, para ser sujetados a las anclas de los barcos y detonados a distancia por la tracción de un largo hilo que permanecía atado a la mano del nadador. En otras oportunidades, eran sembrados en las proximidades de las naves, a la espera de que fueran colisionados durante los desplazamientos de los navíos o, arrastrados por la corriente, chocaran contra los cascos enemigos.

La construcción de estas armas, algunas de gran tamaño, se hacía bajo la dirección del Coronel Elizardo Aquino con el asesoramiento de un marino norteamericano llamado John William Kruger, veterano de la marina de su país, y con la ayuda del ingeniero polaco Luis Mischolzvzky, casado con una prima de López, mientras que la fabricación de las espoletas era responsabilidad del farmacéutico en jefe del ejército Jorge F. Masterman⁵.

El coronel del ejército paraguayo, Jorge Thompson, ha dejado una descripción de los torpedos: «Se componían de 3 cajas ajustadas, una dentro de la otra, de las cuales la última era de zinc y contenía la pólvora. La espoleta era una cápsula de vidrio que contenía ácido sulfúrico con una mezcla de clorato de potasio y azúcar blanca cubierta por lana y algodón y colocada dentro de un cilindro pequeño que tenía que quebrarse cuando el artefacto sufriera un choque⁶. Estos torpedos eran lanzados aguas abajo casi todas las noches en dirección a la escuadra...»⁷.

La derrota militar de los estados de la Confederación produjo la dispersión de los hombres que habían luchado en sus filas. Muchos de los oficiales veteranos de la guerra civil norteamericana, principalmente aquellos que se negaron, no pudieron o fracasaron al tratar de reintegrarse a la vida civil, se exiliaron en busca de un destino mejor.

A comienzos del año 1866, desembarcó en Buenos Aires un ex oficial norteamericano, James Hamilton Tomb, que había sido ingeniero jefe en la armada de la Confederación.

Los torpedos eran armas de construcción simple; su mayor dificultad residía en la manera de detonarlas sobre el blanco elegido, que podía ser por contacto o por mando a distancia, por lo general, con una larga cuerda unida al mecanismo de ignición y a la mano del operador.

2 Alonso, José L. y Peña, Juan Manuel, *El Año de la Sangre 1865-1866*, páginas 185-186, Edit. Abrazos, Buenos Aires, 2017.

3 Burton, Richard F., *Letters from the Battle Fields of Paraguay*, página 332, Tinsley Brothers, Londres, 1870.

4 Century Magazine, editor, *Battles and Leaders* vol. IV, página 380, Castle Books, Edison, EE. UU., 2010.

5 Whigham, Thomas, *La Guerra de la Triple Alianza*, volumen II, página 159, Santillana, 2011.

6 Thompson, Jorge, *La guerra del Paraguay*, página 102, Editor Juan Palumbo, Buenos Aires, 1910.

7 *Ibidem*, página 107.

En ella, había participado en el desarrollo y la construcción del bote torpedero *David** y del submarino *H. L. Hunley*** . Este ex marino, natural del estado de Georgia, se entrevistó en Nueva York con el ministro argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien no dudó en extenderle una carta de presentación para el presidente de la República Argentina, el general Bartolomé Mitre. Llegado a la capital argentina, luego de peregrinar infructuosamente por la redacción del periódico *La Nación Argentina* y no poder entrevistarse con el mandatario argentino que había marchado a ponerse al frente del ejército aliado, algún interlocutor le sugirió un camino alternativo⁸.

*Me dirigieron a hacerle una visita al almirante Tomandare, que estaba al mando de la armada brasileña y que me pareció un respetable oficial y caballero. Su dominio del inglés era mejor que mi portugués. Nos llevamos bien, y él me dio un pasaje en la embarcación Lilly Bell hacia Río de Janeiro*⁹.

El mencionado navío estaba al mando de otro veterano marino de la derrotada Confederación que, durante la guerra, había actuado «sorteando el bloqueo» impuesto por la marina nortea a los puertos del rebelde sur.

Una vez en Río de Janeiro y gracias a la carta de presentación del almirante brasileño, Tomb, entró en relación con miembros del gobierno.

*Le presenté mi carta del almirante al Ministro de Marina Lobo. A continuación, visité al ministro Saraiva, de Asuntos Exteriores, quien me dio una carta de presentación al Emperador don Pedro II, que estaba en su palacio de San Cristóbal, que estaba a 5 millas*¹⁰.

Luego de mantener dos entrevistas con el emperador, logró ser contratado para prestar servicios en la armada, donde le fue asignada la tarea, basada en su experiencia, de estudiar «medidas para quitar los torpedos del río Paraguay».

*Aceptar cualquier cosa que les diera. El ministro también dijo que, al llegar ya de Norteamérica, yo estaría quizás escaso de fondos y me dio un giro. Al volver al hotel, hice un bosquejo de lo que yo pensaba que solucionaría el problema y me presenté al día siguiente. Comprendí que estaban dispuestos a equivalente a unos 200 dólares... luego me dio una carta para el comandante del Arsenal para que me prestara la ayuda que necesitase y me dejó seleccionar el modelo de barco acorazado para hacer mis dibujos y elegí el Tamandare como el más adecuado para mi diseño. Estuve en el salón de dibujo todo el domingo*¹¹.

Tomb diseñó una estructura metálica para adosar al casco de los barcos, sobre la cual deberían impactar los torpedos sin dañar la estructura del navío, que no precisa detalladamente en sus memorias¹².

En ellas, Tomb ha dejado una detallada descripción del empleo, características de las cargas y mecanismos de disparo de los «guerrilleros del río».

López enviaba sus torpedos flotantes en la noche y eran fabricados por un hombre de Norteamérica de apellido Bell. Los que iban río abajo por la superficie los mandaban en el fondo de una canoa y con forma de caja, habiendo de 95 a 250 kilos de pólvora en ellos. Explotaban con un arma de fuego metida en la parte delantera de la caja y con una cuerda que se extendía a otra canoa. Esos nunca nos hicieron daño. Había otros anclados en el cauce del río por medio de una cuerda. Tenían una serie de cajas, una dentro de la otra, que estaban forradas de lata, y luego una tercera, que cargaba la pólvora. Había dos brazos en cada punta conectada con un pistón que daba a un tubo que tenía ácido sulfúrico, y este tubo de vidrio, al romperse, actuaba como fulminante. Actuando sobre una mezcla de cloruro de potasio y azúcar blanca. Estaban a una*

Tomb diseñó una estructura metálica para adosar al casco de los barcos, sobre la cual deberían impactar los torpedos sin dañar la estructura del navío, que no precisa detalladamente en sus memorias¹².

8 Tuohy, John H., *Un rebelde al servicio del Emperador*, James Hamilton Tomb y la guerra de minas en la guerra de la Triple Alianza. V Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay, Montevideo, 2016.

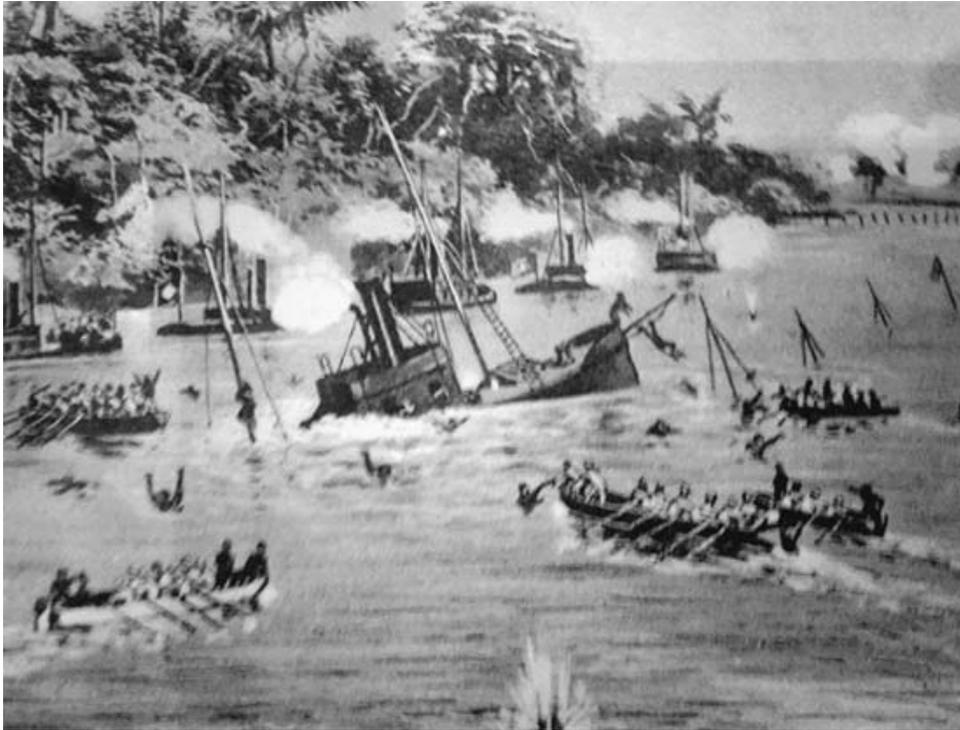
9 Tomb, Hamilton James, *Memorias*, #723 microfilm, Southern Historical Collection, Wilson Library, Universidad de Carolina del Norte.

10 *Ibidem*.

11 *Ibidem*.

12 Obra citada, Tuohy, John H., *Un rebelde al servicio del Emperador*.

* N.A.: no hemos hallado datos sobre el mencionado fabricante.



El encorazado *Rio de Janeiro* echado a pique por un torpedo paraguayo, frente a Curuzú, el 3 de setiembre de 1866 (WIKIPEDIA)

*profundidad de metro, metro y medio por debajo de la superficie. Y luego había otros en el fondo del río. Una cuerda pasaba desde el artefacto a la costa hasta las manos de observadores que, ocultos, esperaban el pasaje de un navío enemigo para volarlo*¹³.

Los artefactos, que permanecían mucho tiempo sumergidos, solían fallar, porque la carga explosiva comúnmente era afectada por la humedad del agua y por defectos en las condiciones de aislamiento. Tomb relató que tuvo la oportunidad de examinar uno de estos torpedos, rescatado del fondo, con su carga de 317 kilos de pólvora humedecida¹⁴.

El empleo de estos artefactos estaba plagado de peligros para los audaces que se atrevían a conducirlos hasta sus blancos y, en varias oportunidades, se produjeron accidentes fatales.

La escuadra imperial tenía razones para temerles. Si bien sus resultados no fueron tan exitosos como se esperaba, su existencia mantenía en vilo a las tripulaciones brasileñas que, a más de los vigías de cubierta habituales, destacaban botes que circulaban entre las naves fondeadas intentando descubrirlos y desviarlos. Cuando cada noche los aliados encontraban minas en el río, una gran parte era nada más que cajas vacías, que parecían bombas. Verdaderas o falsas, provocaban la alarma entre las tripulaciones.

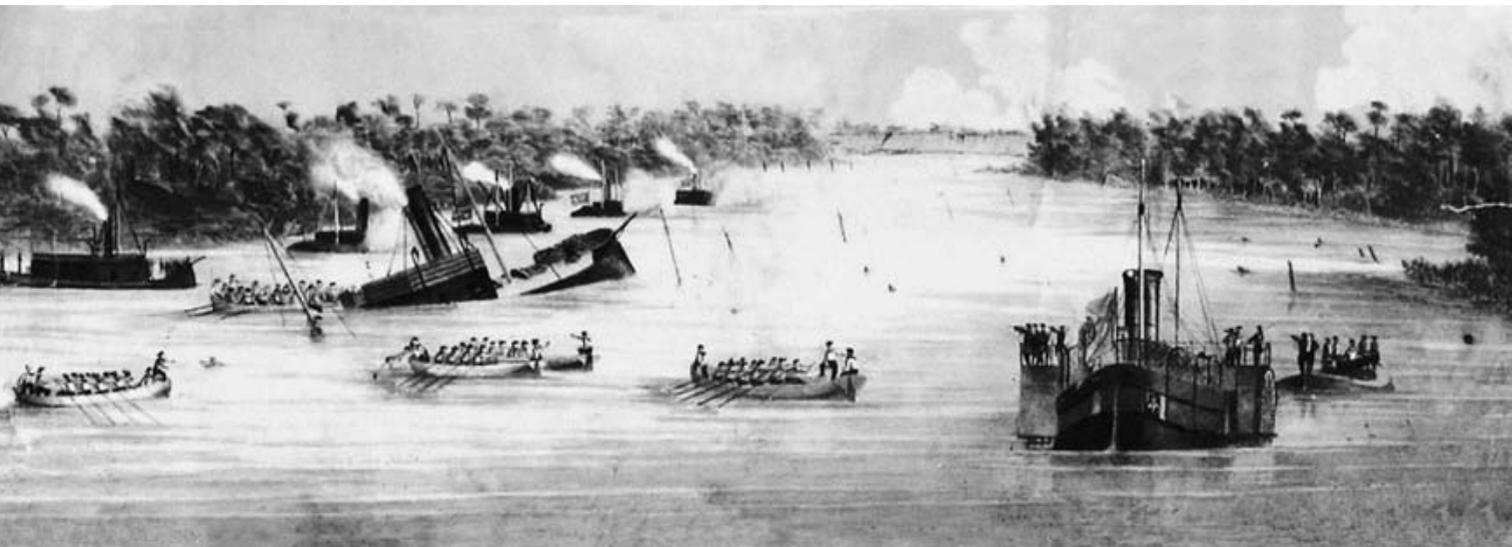
Se colocaron en el río algunos torpedos mal contruidos y, el 20 de junio (1866), dos de ellos escaparon de sus amarras y se fueron aguas abajo; uno dio contra el *Babía*, y otro, contra el *Belmonte*, pero como ambos estaban enteramente mojados, no produjeron efecto alguno.

Además de fallas en su construcción, otros elementos se sumaron para limitar la efectividad de estas armas, y uno de sus constructores, Masterman, mencionaría años más tarde que numerosas de estas armas explotaron por choques contra maderas que flotaban en el río

La escuadra imperial tenía razones para temerles. Si bien sus resultados no fueron tan exitosos como se esperaba, su existencia mantenía en vilo a las tripulaciones brasileñas que a más de los vigías de cubierta habituales, destacaban botes que circulaban entre las naves fondeadas intentando descubrirlos y desviarlos.

¹³ Obra citada, Tomb, Hamilton James, *Memorias*.

¹⁴ Obra citada, Tuohy, John H., *Un rebelde al servicio del Emperador*.

Hundimiento del *Río de Janeiro* (WIKIPEDIA)

A pesar de sus falencias, los torpedos, apodados los «guerrilleros del río», continuaron siendo empleados solos o en conjunto con ataques de cohetes sobre los navíos imperiales.

arrastradas por la corriente o por ataques de los curiosos caimanes. El 6 de julio de 1866, a eso de la medianoche, las tropas aliadas, desde su campamento en Tuyutí, oyeron una violenta explosión proveniente del lugar donde se hallaba fondeada la escuadra imperial. «En medio de la noche, todo el campamento fue iluminado repentinamente y, medio minuto después, un ruido espantoso que estremeció la tierra anunció la explosión de un torpedo de 1500 libras de pólvora»¹⁵.

A pesar de sus falencias, los torpedos, apodados los «guerrilleros del río», continuaron siendo empleados solos o en conjunto con ataques de cohetes sobre los navíos imperiales.

Durante el segundo día de combate por las trincheras de Curuzú, 5 acorazados brasileños: el Bahía, el Brasil, el Río de Janeiro y el Lima Barros, todos ellos poderosamente artillados, a los que se sumaban otros 9 navíos, de cascos de madera, continuaron el bombardeo de la posición paraguaya, intentando silenciar sus piezas de artillería y aplastar sus defensas. Un intenso duelo artillero se desencadenó, y el acorazado Río de Janeiro, luego de haber dejado en tierra a sus heridos, producidos el día anterior, y efectuado algunas reparaciones, retornó al combate. Durante el transcurso del mismo, fue sacudido por una fuerte explosión que lo hundió en pocos minutos con la pérdida de 50 hombres de la tripulación, entre ellos, varios oficiales y su comandante América B. Silvado. Su pérdida fue un duro golpe para la escuadra, que quedó consternada ante la rapidez del suceso, y los navíos que bombardeaban las defensas de Curupayty se retiraron»¹⁶.

Tomb, testigo presencial del suceso, relató la causa real del hecho al dar cuenta de que, en cumplimiento de órdenes recibidas, exploró, desde una canoa, de noche, el río entre la margen derecha y una estacada de pilotes, instalada por los defensores, que obstaculizaba el curso de las aguas, en las proximidades de la posición paraguaya.

El Brasil, el Bahía y el Río de Janeiro pasaron por el camino que les abrimos, siendo el tercero de estos, el último en pasar. Evidentemente el capitán Silva... hizo uso de un ancla pequeña y alicates, y encontró un pasaje abierto de unos 25 metros entre los pilotes y los torpedos. Justo entre la periferia de la línea de pilotes, yo podía ver, por la acción del agua, lo que me parecieron tres torpedos entre el obstáculo y una batería de cañones para-

¹⁵ Obra citada, Tuohy, John H., *Un rebelde al servicio del Emperador*.

¹⁶ Obra citada, Alonso, José L. y Pena, Juan Manuel, página 365.

guayos. Al bajar el río, nos paramos junto al Río de Janeiro e hicimos un informe claro sobre el pasaje y también sobre los torpedos existentes. A continuación, fuimos al barco insignia e hicimos reporte al Almirante. A las 9 y 30 horas de la mañana, los tres barcos acorazados el do se olvidó de las advertencias que había recibido sobre los torpedos en el canal e hizo pasar el barco esquivando el obstáculo para acercarse a la batería. Mientras yo miraba, el barco iba a la deriva, bajando por el costado, y la popa pasó por encima de uno de los torpedos. Hubo una explosión instantánea y una enorme columna de agua y, en pocos minutos, el barco se hundió...¹⁷.

Tamandare, en sus memorias de los acontecimientos presentadas al ministro Otavino al cesar en el mando de la flota imperial, refirió que la destrucción del *Río de Janeiro* se debió a la acción de dos torpedos y no, a un impacto de un proyectil de calibre 32 proveniente de las baterías enemigas.

*La muerte de su desgraciado comandante y de más de cuarenta tripulantes prueba que el tamaño de los 2 rumbos ocasionados hizo que el hundimiento fuese tan rápido que no fue posible salvar a las víctimas. El general Mitre podrá afirmar que todos se salvaron, por lo que el daño fue el resultado de un proyectil. Su argumento se contradice por la comprobada mortalidad producida y por las aseveraciones de oficiales y tripulantes sobrevivientes*¹⁸.

Los constructores de los torpedos tendrían aciagos fines. Su constructor, John William Kruger, moriría junto con su ayudante, Escolástico Ramos, paraguayo y estudiante de ingeniería, en la explosión accidental de un torpedo, meses más tarde, mientras probaban un sistema de dirección seguro para estas armas¹⁹. El capitán Luis Mischolwzky fue culpado por la deserción de uno de sus ayudantes, Jaime Corbalán, que se entregó a los brasileños en septiembre de 1866 junto con algunos remeros; llevaban con ellos un torpedo. El ingeniero polaco fue arrestado, engrillado y rebajado luego a soldado raso, y fue enviado al frente, donde hallaría la muerte¹⁹. Jorge F. Masterman fue acusado de conspiración, encarcelado y torturado, y permaneció más de un año en prisión; finalmente, fue liberado luego de prolongadas¹⁹ negociaciones diplomáticas.

La derrota de las tropas aliadas frente a las defensas de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866, produjo una profunda crisis en los mandos de los derrotados, y las mayores recriminaciones recayeron, como no podía ser de otra manera, sobre el General en Jefe Bartolomé Mitre y sobre el Almirante Tamandare. El primero debió ausentarse en forma transitoria del frente por motivos políticos, y el segundo solicitó su retiro¹⁹.

Tomb, que en sus Memorias defendió la actuación del renunciante marino durante la campaña, decidió no continuar sirviendo a las órdenes de su reemplazante y retornó a la capital brasileña, donde presentó su renuncia al ministro de marina y recibió la suma de 300 dólares. Se estableció luego durante años en Inglaterra y, al finalizar la guerra, regresó tras visitar Río de Janeiro, Buenos Aires y Asunción. Finalmente, acabó sus días en su país natal, al frente de un hotel en Saint Louis, Missouri²⁰. ■

La derrota de las tropas aliadas frente a las defensas de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866, produjo una profunda crisis en los mandos de los derrotados, y las mayores recriminaciones recayeron sobre el General en Jefe Bartolomé Mitre y el Almirante Tamandare.

17 Obra citada, Tomb, Hamilton James, *Memorias*.

18 Fragozo, Tasso, *Historia da Guerra entre a Triple Aliança e o Paraguai*, Volumen III, página 191-192, Biblioteca do Exército Editora, Rio de Janeiro, 1958.

19 Obra citada, Alonso, José L., Peña, Juan Manuel, página 457.

20 Obra citada, Tuohy, John H., *Un rebelde al servicio del Emperador*.